

leones, y recogemos el guante que se le acaba de caer : testigo el caballero de Gramont. Por la mujer nos metemos entre lanzas y espadas ; por la mujer ansiamos la corona del mérito que nos grangea su admiracion y su correspondencia. Leandro se arroja á media noche al Hellesponto, se bebe ese brazo de mar, y sale al otro dia á las riberas de Europa. Hero está allí, la bella Hero : mirad si se conceptúa dichosa con tener en sus brazos un valiente apasionado. El moro Avindarraez cae en poder del alcaide de Antequera, yendo á ver por entre los enemigos á su adorada Jarifa. Masias arrostra la cólera del rey por la sin par Elvira. Audacia, valor, ímpetu, no hay afecto grande que no infunda en nosotros la mujer. Dios no la ha criado solamente para nuestra felicidad ; es nuestro estímulo ; estímulo irresistible que á los sujetos de corazon los impele á heroicidades y grandezas. A los capones se les ha quitado la mujer : ausente ella, su pecho es abismo oscuro donde se dan batalla odio, envidia, desesperacion, ahinco inmoderado de venganza. Los eunucos son cruelísimos en los serrallos de Constantinopla é Íspahan : derraman su ira en esas bellas prisioneras que nunca podrán ser suyas. En cuanto á los hombres, si no los temieran, si no huyeran avergonzados ante la frente erguida y la mirada firme, no dejaran uno sobre el haz de la tierra. Aborrecimiento satánico el del eunuco del Banquete ! un libelo infamatorio cada quince dias : ya soy pícaro, ya ruin : cuándo ladrón, cuándo asesino : ora tonto, ora soberbio. Últimamente ha descubierto que he escalado las murallas de un monasterio, y me he llevado, no una sino dos religiosas de las más puras é inocentes. Y él porqué no se

las lleva ? Dulce crimen del cual está seguro el que me lo echa en cara ; ó más bien, contra el cual está seguro ; pues para qué se las ha de llevar ?

Entre el que manda escribir un libelo infamatorio, el que lo escribe y los que toman por su cuenta el publicarlo, ya los sabios del Banquete decidieron que éstos eran más culpables, y que sobre éstos se habia de descargar con más ímpetu el brazo de la justicia. Las leyes de las Doce Tablas condenaban á muerte al autor de un libelo y á los que lo difundiesen. Parécenos haber hecho este recuerdo otra ocasion ; pero no es malo hacerlo de nuevo entre gente de ruin memoria, bien así como á los sordos hay que repetirles muchas veces una misma palabra. El papa excomulgó al libelista que se habia propuesto deshonar al diácono Castorio, no ménos que á los que, teniendo en las manos esa diatriba, no la tirasen al fuego. El amante apasionado es ménos culpable en la perdicion del objeto de su cariño, que el trotaconventos infame, cuando éste va y viene, y abona el campo de los placeres de hoy dia y las amarguras de mañana. Los publicadores de libelos ajenos, ruines ayudantes y criados del verdugo, ¿qué son sino alcahuetes de profesion, como dijo Alcibiades cuando estaba comiendo, que han de ir en la cadena de galeotes, si la santa hermandad los puede haber á las manos ? En Londres hay un periódico cuyo fin es mirar por la propagacion de la especie humana, con el matrimonio por delante, eso sí, en todos los asuntos que por sus redactores se tratan, los cuales no son ni ménos *galantuomos*, ni ménos timoratos que *la tia fingida*. El *Matrimonial*

News ha hecho buenos negocios, como dicen los galicistas incorregibles, según su leal saber y entender, sin perjuicio de tercero ni cargo de conciencia. « Los Andes, » trapo ignoble, bueno para camisa de dormir del padre Pasquin, no gastan pólvora en salvas: ellos se van al grano y saben lo que se pescan. Cuando no tienen á quien denigrar, quisieran los *viejos* que esas caras no fueran suyas, para cruzárselas á cuchilladas. Para ellos no es materia punible lo que Sixto Quinto castigaba con hacer cortar manos y lengua: el diantre son los carcañales; pues! si no dijeran nada contra el prójimo; si no ocultaran la verdad y difundieran la mentira, serian pobres esguízaros incapaces de sacramentos. Por vida del chápuro verde! aprieta, viejo, aprieta, y haz luego la mosquita muerta. Santo hombre: cristiano, católico, devoto por defuera; por adentro, demonio de á las veinte. Él no insulta, no calumnia, no ofende á nadie; son « Los Andes. » « Los Andes, » como los trípodes de oro de la Iliada, se mueven de por sí y se trasladan de suyo adonde los han menester los dioses. Pero los cuatro, pero los ocho, pero los veinte pesos no se los comen ni se los beben ellos; tío Bartolo y tío Lucio se los maman. De tejas arriba Dios, de tejas abajo don dinero, y váyase el diablo para tonto. So el sayal hay al: oh cuerdo Juan de Mallara, oh sabio Iñigo López de Mendoza, y cuántas cosas buenas habeis dicho en esos evangelios que se llaman colecciones de refranes!

El ingrato contra el benefactor, el ladrón contra el robado, el asesino contra la víctima; cargos sin fundamento, improprios horribles, calumnias descabelladas,

éste es el periódico de esos Hebert terrosos que han venido á la vejez á dar en padres de casa de mancebía, fundar un lupanar y hartarse de prostitucion. El trabajo lícito, decente, es modo de vivir que da carta ejecutoria para entre la aristocracia de la honradez: si me dijeren que esos malos hombres viven de su trabajo, yo responderé que hay ocupaciones legales quizá, pero reprobadas por la moral y las buenas costumbres. Antiguamente las casas de mancebía eran permitidas en España: el padre de casa de mancebía estaba en su derecho cuando ganaba la vida con el libertinaje de los demas; pero tenia derecho, pregunto, á la estima, los miramientos de las personas cuyo asunto es pundonor y salud del alma? Hoy mismo el lupanar es institucion autorizada en Francia: los dueños del número 5 no traspasan la ley; más decidme, ruegos, si van al Cuerpo Legislativo por el voto de la mayoría, si tienen asiento en los tribunales como ministros de justicia, si su carro infame goza de acompañamiento, cuando van en busca de sus semejantes, los gusanos del cementerio? No digo que esos nefandos viejos cometen acto ilegal con sostener su casa de mancebía; pero sí digo que han caído en caso de ménos valer, y que las Siete Partidas tienen un capítulo que les concierne. Dirán ellos á su vez que todos los periódicos tienen una seccion de *remitidos* donde se admite todo. Todo? falso! Los periódicos de probidad no llaman ladrón al hombre de bien; los periódicos verídicos no publican mentiras á sabiendas; los periódicos honestos no se estrellan contra la moral; los periódicos dignos y generosos no venden su lengua para la difamacion; los periódicos inteligentes no me-

nosprecian el talento; los periódicos patriotas no persiguen de muerte al patriotismo; los periódicos libres no viven empeñados en mancillar á los amigos de la libertad; los periódicos decentes no andan derramando estiércol por el santuario de las ideas y las virtudes. Echándolo, unas veces á la parte del desden, otras á la de la moderacion, hasta ahora los he sufrido á esos nefandos viejos; nefandos otra vez. Mas puesto que ellos no tienen advertencia ni á mis antecedentes, ni á mis padecimientos no interrumpidos por la libertad y la civilizacion de un pueblo desgraciado, ni á la reputacion de que gozo en mi patria y fuera de ella, ni á la moral humana, ni al temor de lo divino, ni á este poder que Dios me ha dado de castigar, si no de corregir á los perversos (*perversi difficilè corriguntur*); vean ahora que no siempre le echa un rufian pagado el cohombro infamador á un caballero cubierto de todas armas.

« La calumnia es el arma de los malvados. »

« Bien conocido es por las huellas de corrupcion que va dejando por donde va pasando. »

Pueden decirse de mí estas cosas y otras peores, señor tal? Responde usted que no. Y cómo las dice en su periódico? Las digo por que me pagan. Ah, hombre mezquino, viejo infeliz... Si no le pagaran, no se pusiera la camisa con que ese dia amaneció la estatua de Pasquin; pero como siempre le pagan, su lavandera nunca deja de estar de princesa, y usted no puede mudarse. Cuando no haya quien les pague á ustedes, entónces le han de poner á la última talega el rótulo siguiente: « Este es el último dinero que recibimos contra el bueno

de don Juan; así es que hemos dejado de llamarle pícaro en mil maneras. » No de otro modo el célebre Mezerai habia sellado una bolsa de escudos con esta inscripcion: « Estos son los últimos escudos que me ha dado el rey; así es que no he vuelto á hablar bien de él. »

Acuérdaseme haber leído en Francia un escrito en el cual se daba mate á Victor Hugo con recordarle que habia tenido sueldo secreto del rey. Deja de cacarear, falso republicano, le decian: ayer fuiste monarquista, hoy estás de furioso demócrata, sin haber dejado de ser bonapartista, como tu padre, todo por dinero. Y el negocio de Bruselas, oh amigo, se te olvida? Este negocio de Bruselas era una barata ó contrata fraudulenta en la cual el poeta habia ganado, ó por mejor decir, robado muchos miles de francos, segun los sicarios de tinta de Luis Bonaparte. Victor Hugo no tiene fama de maniroto; y hace bien de no serlo; mas á la pureza de su alma ¿quién podrá tocarle sin proferir calumnia? Envidia, venganza son arpías; ensucian lo que tocan, y los más ricos manjares quedan envenenados. Mas la Verdad, doncella milagrosa, y el Tiempo, viejo depurador, vienen, lavan, y todo queda limpio. Dupanloup, mitra con pluma, pluma tajada en forma de pico de águila, nada pudo contra el bardo; y hubieran podido algo periodistas de ménos de la marca! Si Victor Hugo contestó, no sé; pero sí sé que ántes habia escrito « Los Castigos. » Lamartine no ha escrito « Los Castigos, » como Victor Hugo, ni *Los poetas ingleses y los críticos escoceses*, como Byron: él no: como bueno, como santo se contentaba

con decir: Mi alma es vivo fuego que devora y consume cuanta inmundicia arrojan sobre ella los perversos.

Los ancianos son respetables, no por el número de sus años, dice la Escritura, sino por la prudencia, que es la vejez del hombre. Vida sin mancilla es larga vida. No me he estrellado contra la prudencia, que es la vejez del hombre, mas aun contra la intemperancia del corazón y la palabra. Viejos incautos, viejos malévolos, viejos agresivos son mozos desvergonzados á quienes conviene reprimamos en favor de las buenas costumbres. Los que en medio de los vicios y las malas obras alegan sus años como carta de inmunidad, no tienen en la memoria las leyes divinas, ni juzgan que las humanas les imponen obligaciones. Así como los ministros del culto, los sacerdotes de Dios, á causa de su investidura están más obligados á la continencia y la abstinencia que el globo de los hombres, asimismo á los viejos, en cuanto seres añosos, les obligan más fuertemente la cordura y la medida. Viejo que se pierde el respeto á sí propio, no es acreedor al de sus semejantes. Oh ancianos, sed dioses en la tierra, sedlo por el ejemplo del bien y la práctica de las virtudes, y no pasaremos por vuestro lado sin descubrirnos, como ante la sabiduría encarnada en cuerpo venerable.

BANQUETE DE PLATON

Aunque este filósofo no habia asistido al de Xenofonte, juzgó bueno corresponder á la atención de su amigo, ya para que él viese cuán léjos se hallaba de mirar con indiferencia sus demostraciones de aprecio, ya para que los demás no columbrasen quizá un resabio de altanería en la ausencia del fundador de la Academia. Si bien no era él tenido por hombre que rehuía el trato social, ni por hosco y bravo á quien enfadan conversaciones amenas y familiaridades instructivas. Antes por el contrario Platon se era uno que aconsejaba á sus camaradas sacrificar á las Musas, y no entregarse á las melancolías de la soledad y las amargas secretas del aislamiento, las cuales, sobre ser ellas mismas grave pensión, suelen criar y alimentar ese afecto que se llama orgullo ó fiereza del alma. Sacrifica á las Musas, le decia á Dion, en respuesta á una carta donde éste daba rienda suelta á la misantropía, explayando en negras olas el mar de crudas sensaciones que rebosaban en su pecho. *La torbidez del ánimo* es disposición dolorosa que sirve de castigo al que no se hace con los hombres, y no llega, sino á quererlos, por lo ménos á compadecerlos á fuerza de benevolencia. Mucho hay que perdonar en ellos para poderlos estimar; para quererlos, ha de tener uno mucho de santo, de esos que cumplen con el precepto de Dios con amar á sus enemigos. Bueno seria reirse de ellos en todo caso, á ejemplo de Demócrito, ó

verter lágrimas por sus miserias, según que las vertía Heráclito; mas no siempre se halla uno en vena de risa, ni es tan sensible ó tan majadero que se ponga á llorar por farándulas de embaidores ni maldades de picaros que están requiriendo una docena de palos. Virtud es la tolerancia; el sufrimiento, gran virtud: quien no sabe disimular á tiempo, nada sabe. Mas qué sería de la justicia si maldades y bajezas fueran olvidadas tan pronto como verificadas? El juez corrige con penas efectivas; filósofos y moralistas con la ley aplicada al fuero interno, donde lastiman el corazón y acrivillan el alma con los azotes que les dan en esas regiones no vistas sino por el Inquisidor para quien no hay oscuridad que oculte el crimen, ni soledad que le haga la cama al pecado.

Dion estaba más en lo justo que Platon cuando expresaba su desabrimiento en cláusulas acedas; estaba más en lo justo, si su enojo era nacido de causas grandes, como son horror de las maldades, odio á los malvados. Mas Platon no habia querido que ese agrio filósofo se volviese cómplice de ellos con la ciega tolerancia; su deseo era que doblase la rodilla ante la hermosura, sonriese con los niños, y no desdeñase los goces inocentes, que son las flores de la vida. Platon sacrificaba á las Musas por su parte. Llamar uno á sus amigos predilectos á su casa, solazarse con ellos en distraccion delicada, comiendo sobriamente y bebiendo á la salud de los que la merecen, es tambien sacrificar á las Musas. Convidó, pues, el director de la Academia á Sócrates, su maestro; á Xenofonte, el capitán filósofo, tan

duro con la espada como suave con la pluma; á Alcibiades, libertino brillante, sin el cual no habia cosa cumplida; al viejo Lycon y su hijo Autólico, rival éste de Critóbulo por la belleza: Antístenes, pobre y rico, de conversacion subyugadora tanto como de costumbres acrisoladas, era timbre de las reuniones de los sabios. Hermógenes estaba allí; y Fedon, que habia vuelto de Cycione, no podia faltar á una comida de su condiscípulo, quien le honraba con distinguirle entre todos cuantos eran los alumnos del hijo de Sofronismo. Aristóteles, como queda insinuado, andaba ya torcido con su maestro; por donde se excusó de ir á su casa, no ménos que se excusara de concurrir al banquete de Xenofonte.

Con esta negativa el número de concurrentes quedó descabalado. Platon no era hombre de faltar al principio de que los números impares agradan á los dioses: *impare Deus numero gaudet*. Conflicto fué verse ocho personas, siete convidados y él. Mas cuál no fué asimismo su satisfaccion cuando recibió de Alcibiades aviso de que no concurriria al banquete, á causa de grandes y muchas ocupaciones que habian sobrevenido sin que él lo hubiese pensado? Y no era sino que el gentil mozo recibiera ese dia una esquila perfumada: «Hoy comerás conmigo: es convite de dos personas. Si te gusta el rostro á rostro con Lastenia, ven á las cuatro.» No digo á un banquete de Platon; á uno de Apolo hubiera renunciado por el convite de la hermosa cortesana. Cuando dijo, pues, en su excusa que ocupaciones muchas y grandes se habian puesto de por medio, faltó el

bellaco á la verdad : mas cómo no echar una olorosa mentira yendo de suceso tan grato como la llamada de una como Lastenia? Platon, habiendo faltado Aristóteles, estaba triunfante con la ausencia de Alcibiades : el número siete es el más propicio, y esto desde la antigüedad ; el más misterioso, el más fecundo. Los sabios de la Grecia pudieron haber sido nueve, diez ó doce : los griegos encerraron la sabiduría en el siete, guarismo sublime. Las maravillas del mundo, otro que tal, hubieran sido hasta veinte, si todo iba á contar las fábricas portentosas del Asia civilizada y la Europa : los griegos tuvieron por bien comprender las artes en el siete, cifra que goza de cierta infinidad incomprendible. Los romanos heredaron de los griegos la veneracion por el siete : para los judíos era emblema de cosas santas : el candelero del templo tenia siete brazos. Los cristianos lo han vuelto símbolo de sus misterios : las virtudes teologales, los pecados capitales son siete : siete los dolores de Maria. Todo lo oscuro, lo grande se compone de siete y en siete se descompone. El tres y el siete, sacerdotes que presiden el mundo moral, sacerdotes apenas conocidos, bien como las pueras fatídicas, retraidas en sus viejas torres ó en sus profundas selvas, profetizaban oscuramente la suerte de los germanos y los galos.

Dije mal cuando dije que esos seis convidados se hallaban presentes en casa de Platon ; no fué en su casa ; en los jardines de Academo fué, por cuanto ocurría que fuera el mes de Junio, donde el calor de la atmósfera y la frondosidad de los árboles estaban convidando con el

aire libre. Dicen que el maestro daba sus lecciones yendo y viniendo por entre calles de plátanos, á cuya sombra los discípulos, sentados en sillas á la rústica, tenían puesto el oido á los celestiales conceptos del filósofo en materias tan grandes como el universo y sus arcanos. Esos jardines no habrán sido como los de Semíramis, en los cuales no habia cosa que no diese realce á la voluptuosidad : virtud presidia á las acciones de esos hombres tan superiores á nosotros por los sentimientos del ánimo y los vuelos de la inteligencia. Bello era todo, sin salir un punto de los términos de la filosofía, si filosofía puede echarse de ver en la disposicion de un huerto acomodado á los placeres de la vista y el olfato. Mirad si es densa la sombra de esos viejos sicómoros agrupados en la esquina del soto ! En el Egipto es natural este árbol ; pero no muere de dolor cuando le trasplantan á la Grecia. El naranjo, verde, redondo, está llorado de infinito número de azahares, cual pequeña bóveda tachonada de fragantes estrellas. El granado ostenta su flor roja, insignia de la legion de honor del reino vegetal : ese cáliz de fuego tiene dientes al rededor : carece de exhalaciones olorosas, pero embelesa á la vista, y en su hondo seno se está desarrollando el fruto compuesto de granos de coral, gustoso y poético, apesar de su aristocrática insipidez. El aroma, arbusto amable, que da flores sin dar fruto, convida á los silfos invisibles á jugar con sus borlitas de oro. Despues de estas plantas femeniles, que serian las Heloisas, las Elviras, si hubiésemos de buscar novias y queridas para los árboles grandes, se presentan el ciclamo cargado de sus flores carmesíes, en cuyas profundidades se oye la cha-

cota musical de los gilgueros : el cinamomo de racimos opulentos, donde buscan las abejas los principios de su dulce composicion. Este árbol es un principe : hasta el tronco en él produce olor gratisimo, y sus flores pudieran dar con que se elaborasen elixires y aguas para pañuelos de Ofelias y Desdémonas. El mirto no podia andar ausente del lugar donde se recreaba el filósofo á quien Timon, en son de injuria, habia llamado poeta : de ese mirto cogió las ramas, sin duda, con que él mismo coronó á los poetas, sus colegas, para ponerlos respetuosamente en la frontera. Árbol estéril, pues no da ni flor visible ni fruto comestible, y con todo el más bello y precioso : en él las hojas, frescas y brillantes, se apiñan cual si trataran de formar una esfera de esmeralda. El zéfiro tiene sus secretos en sus honestas entrañas, de donde sale armonía tan sumisa, que bien piensa uno que séres impalpables están gimiendo amorosamente en el regazo de la discreta naturaleza.

Pues la flores ? los rosales están cargados de esas be-
dijas de púrpura compuestas de hojas encimadas unas en otras ; corimbos de botones tiernos, encerrados en cuatro verdes pétalos que les sirven de envoltorio mientras dura la infancia, se yerguen al lado de las rosas jóvenes, esas muchachas pomposas que se han abierto por la noche. La azucena les disputa la palma : su cáliz es vaso de plata suavizado por el rocío, en cuyo seno la corola está temblando, aderezada la cabeza con el polvo amarillo que posee los secretos de la generacion. Trinitarias de mil clases adornan el suelo, proclamando por donde quiera la union de los corazones en sus dos

simbólicos matices. Albahacas, violetas, plantas pequeñas muchas y distintas sobrellevan el gravámen de las mariposas que les chupan la dulce sangre, hiriéndolas sin causar dolor, en cuanto agitan las alas en el aire, por no ser de insoportable pesadumbre. El tomillo, el serpolio sazonan la atmósfera y engolosinan el olfato, sin que les vaya en zaga el medicinal poleo, mirmidon insolente que no arria bandera sino ante el jazmin, quien puede embalsamar él solo el palacio de las Musas.

Los seis convidados y el dueño de casa estaban ya reunidos : la mesa puesta en una glorieta cuyo enrejado tapizan plantas trepadoras de flores varias y vistosas. No puedo dar razon del cocinero que sirvió para esta comida de sabios : si Platon tuviera tiempo, hubiera ocurrido por Mithico á Siracusa ; y en siendo contemporáneo de Cleopatra, esta golosa reina le hubiera prestado uno de los miembros de su gran sociedad culinaria. ¿ Mas para qué tan inmodestas prevenciones cuando iba de hombres en quienes sobriedad y castidad eran conjuntas con la sabiduría ? Si el cocinero de Platon aderezaba la mejor comida en dos horas, cual otro maese Joachim, no sé : á fuerza de probabilidad viene á ser un hecho que los amigos del filósofo-poeta comieron con admirable apetito las sopas y las entradas : Hermógenes erró poco de tomar dos veces del caldo espeso en cuyas ondas sobrenadaban filamentos blancos de pechuga de faisán, y trocitos de molleja tan suave, que la ficédula no es más delicada. Amigos, dijo Platon, echo de ver aquí una taciturnidad que harto se parece á la melan-

colía : pura etiqueta, ó falta de la sangre de los banquetes, que es el vino? Sócrates, tu ejemplo es ley : bebe y habla : de tus labios fluye la sabiduría en dulces términos. Beberé con vosotros, dijo el maestro; y hablaré sobre el punto que propusiere Fedon. La ausencia de éste fué oscuridad en casa de Xenofonte : quiero que él tenga hoy la mayor parte así en las libaciones como en la palabra.

Tanto como eso no, dijo Fedon : porqué he de beber yo más que tú? y porqué más que Lycon, verbi-gracia?

Porque no bebiste el otro día, replicó Sócrates. Si no bebí el otro día, tú no lo sabes : en Cicione hay tanto y tan buen vino como en Atenas, y mi amigo Teodato es uno que no piensa quedar bien con los dioses penates, si no saca de sus quicios á sus huéspedes.

Así como el de Teodato no será el mio, dijo Platon ; pero no te desagradarás de éste que viene de Chipre. Y diciendo esto llenó las siete copas de uno de color amarillo-oscuro, limpio, transparente. Bebieron los filósofos, y dijo Fedon : Puesto que yo he de proponer el asunto en que vamos á hablar hoy día, quisiera saber tu dictámen acerca de esta proposicion :Cuál es la primera de las virtudes?

El amor á la verdad, respondió Sócrates, sin meditar ni un instante; como que ella es madre de todas las demas, y como que sin ella no puede haber otra ninguna. Concurres en un mismo parecer conmigo, Xenofonte?

Platon dijo no há mucho en uno de sus mejores libros, respondió Xenofonte, que la verdad es el cuerpo de

Dios y la luz su sombra. La verdad vestida de luz es, por tanto, Dios : Dios es el primero de los séres ; fuera de él no hay nada ; luego la verdad es sin contradiccion la primera de las virtudes.

Por donde vengo á comprender, dijo á su vez Lycon, que la verdad es persona compleja : viendo estamos, segun el decir de Platon, que no hay verdad sin luz, así como no hay cuerpo sin sombra : Dios es amor, amor puro, inmenso ; luego la verdad trae el amor en su seno.

Y cómo no? preguntó respondiendo Fedon : verdad no es sino fuerte amor á lo que es ; y aun por eso Platon ha dicho que la verdad es el cuerpo de Dios.

Los que la ocultan, dijo Sócrates, tomando de nuevo la palabra, son unos como ateos : quien la verdad niega, á Dios niega.

Y se viste de sombras, ¿ no es así, maestro?

Expresion digna de ti, respondió Sócrates, dirigiéndose á Antístenes, quien le habia llamado la atencion ; y se viste de sombras. La sombra de la verdad es la luz; la de la mentira ¿ cuál será?

Callaron todos á esta súbita dificultad, y se estuvieron meditando un rato. La sombra de la mentira es la muerte con luz y todo.

Con luz y todo ! exclamó Sócrates lleno de alegría y admiracion : los que mueren inundados en luz, no mueren : luz es mirada de Dios : envueltos en ella, se van, se elevan, caen desde el mundo en el abismo de la inmortalidad, abismo de gloria donde viven devorando ansiosa, deliciosamente esa vida de la cual no